

MIRET MAGDALENA

LA IGLESIA SEGUN SUENENS

Las declaraciones del Cardenal Suenens, Arzobispo de Malinas-Bruselas, que tanto intranquilizaron a algunos dirigentes de la Curia romana, suponen una Iglesia que no se conforma con esa imagen trasnochada que de ella se ha dado muchas veces.

Se describía la Iglesia como una perfecta pirámide clerical (imagen que recordó para criticarla Monseñor Mac Grath en el Concilio), y en ella la base de sustentación (en todos los sentidos, aun el económico) eran los simples fieles, esos «borregos de Cristo» como los llamaba uno de nuestros clásicos.

El punto culminante, del cual todo nacía, era el Papa; los demás estaban bajo él, o menor dicho, a su merced. El papel activo iba descendiendo hasta llegar a lo más bajo que éramos los seglares, y que habíamos perdido prácticamente toda iniciativa: éramos, cuando más, peones agüerridos que plantábamos cara a las fuerzas que se consideraban como enemigas: al evolucionismo y al socialismo de ayer, o al psicoanálisis o al existencialismo de hoy.

La tendencia centralizadora fue, siglo tras siglo, en aumento, y la realidad vital de base —del simple creyente— era poco a poco sustituida por la fuerza burocrática del poder central, se llamase Obispo o Santa Sede.

La imagen abstracta de la pirámide, en ocasiones cobraba vida distinta, y —como dice Suenens— los 2.500 Obispos reunidos en la basílica de San Pedro durante el último Concilio, podían ver que el Romano Pontífice —representado en un gigantesco cuadro— estaba sostenido por las dos grandes corrientes cristianas, en parte antagónicas, de los grandes pensadores latinos como San Ambrosio y San Agustín, y los griegos como San Atanasio y San Juan Crisóstomo. A nuestro río y descarnado Occidente, lleno de indigestos juridicismos de influencia romana, se unía en ese cuadro la vital y exuberante tradición oriental.

Habían olvidado los Obispos, por ser casi todos latinos, que «el Oriente nos ayuda a hallar la mitad ausente de nosotros mismos» (Cardenal Suenens, «La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy», Ed. Desclée de Brouwer).

Nos había desbordado, en la Iglesia, «la tendencia centralizadora y jurídica, estática y burocrática, que caracteriza a los hombres más sensibles al orden establecido y al pasado, que a las exigencias del porvenir; hombres más próximos al Concilio Vaticano I del siglo pasado, que al cercano año 2000; más deseosos de reprimir los abusos, que de comprender los valores y nuevas aspiraciones que hoy surgen tanto en la Iglesia como en el mundo» («Informations Catholiques Internationales», 15 de mayo 1969).

Este tipo de hombres de Iglesia, lo mismo clérigos que seglares, «se inclinan a considerar las Iglesias locales como provincias administrativas; a los Obispos los consideran como simples delegados y ejecutores del poder central, y ven la descentralización de poderes como un preludio de un cisma latente» (Ídem).

La perspectiva oriental da, sin embargo, una visión mucho más atractiva y viva. La Iglesia no es el gran esqueleto burocrático ni la gran estructura centralizadora, sino la vida real de los cristianos agrupados espontáneamente entre sí en pequeños núcleos de amigos o Iglesias locales, como lo hacían los primeros cristianos, o como intentan hacerlo hoy los llamados *grupos espontáneos*. Estas comunidades flexibles de intercambio amistoso, de sencillo culto familiar —ahora autoriza la Santa Sede las misas en las casas—, de modestas dimensiones, como los cristianos de ayer o los nuevos cristianos de hoy, pretenden estar unidos entre sí por unos lazos menos burocráticos y jurídicos, y más de intercambio y unión espontánea. O sea, que, para ellos, no es «una Iglesia que sea una sociedad universal com-

puesta de individuos yuxtapuestos... sino una comunión de asambleas formando la Iglesia universal». Un pluralismo sano, en ideas y costumbres, y una fuerte iniciativa es lo que conviene a los cristianos actuales, como cuando en el primitivo cristianismo el aparato administrativo era casi nulo y la presidencia última —la del Papa— era la de un árbitro más que la de un poderoso dictador, como hoy querrían algunos conservadores, aunque se revistiese de maneras más suaves que las de hace unas decenas de años.

Algunos pretenden, según sus tendencias y aficiones, catalogar a la Iglesia «bajo la etiqueta de monarquía, oligarquía o democracia», pero la Iglesia «desborda los cuadros y las analogías humanas».

«Dentro de esta reserva, sería lícito —sin embargo— decir que el Concilio Vaticano II se inscribe en la línea de la *democratización* por el relieve otorgado al pueblo de Dios, la acentuación de la jerarquía como servicio y la puesta en marcha de ciertos organismos que favorecen los métodos democráticos de gobierno» (Cardenal Suenens, «La corresponsabilidad de la Iglesia de hoy»).

Pero esta perspectiva está lejos de haberse alcanzado, aún después de casi cuatro años de terminar el Concilio. De ahí que no sea extraño el aldabonazo dado en 1958 por el Cardenal belga en el libro citado, y remachado hoy con mayor fuerza en sus declaraciones en la revista de gran difusión y fama mundial *Informations Catholiques Internationales*. Y todo esto ha tenido —esa es la gran fuerza de la opinión pública católica— una repercusión en los últimos discursos de Pablo VI, orientando muchas cuestiones del catolicismo actual (como la primacía de la conciencia, la simplificación de las estructuras, la libertad personal del católico, la mitigación de las leyes, etc.), en el sentido propugnado por Suenens; aunque el Papa haya mostrado alguna inquietud —sin duda presionado por los más conservadores de la Curia— por esas claras críticas y apelaciones, salidas de la boca de un conocido y respetado Cardenal de la Iglesia.

Lo cierto es que ya nadie, desde ahora, podrá negar —sea lo que sea de la imagen criticable que tiene la Iglesia de hoy— que «a San Pablo no le parece la Iglesia como una organización administrativa cualquiera, sino como un conjunto orgánico y viviente de dones, de carismas y de servicios» (Cardenal Suenens, o. c.).

Algunos eclesiásticos y seglares conservadores hacen burla de ese «profetismo» que hoy surge en la Iglesia. Pero no hace así Suenens, el cual —por el contrario— llega a afirmar claramente algo que he adelantado yo muchas veces en mis conferencias y artículos: que «un esquema de la Iglesia que hablase solo de los Apóstoles y sus sucesores —como son los Obispos—, y que no hablase igualmente de los Profetas y de los doctores, sería deficiente» (Cardenal Suenens, o. c.).

La reacción espontánea que experimentan muchos cristianos queriendo una Iglesia más pobre, más sencilla, más llana y popular, es un «carisma» pesc a quien pese; y quien, en su vida ordinaria, apela cada vez más a la conciencia y a la responsabilidad personal, y se fia menos de las recetas morales suministradas por libros y directores espirituales, es alguien que da mayor paso a la acción del espíritu y que está haciendo un gran bien a la Iglesia del futuro.

Si la estructura humana de la Iglesia —que es casi el 80 por 100 de lo que llamamos Iglesia hoy— adquiere una factura simplificada, abierta, vital, más de abajo arriba que de arriba abajo, es lo que pretende el Cardenal Suenens, haciéndose eco de ese «profetismo» que ha surgido en el catolicismo actual, y que con sus aciertos y defectos es mucho más positivo que negativo.